

PG3464
S5
F6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Barcelona.—Imp. de la Casa Editorial Maucci

TOMÁS GORDEIEFF

I

Hace unos sesenta años, en el momento en que los comerciantes que traficaban por el Volga realizaban tan rápidamente fortunas considerables, trabajaba á bordo de uno de los barcos pertenecientes al rico Zaeff un muchacho, Ignat Gordeieff, simple maniobrista, encargado de sacar el agua de la cala.

De una estatura colosal, bello, inteligente, era uno de esos hombres que no emprenden nada sin éxito, no por laboriosidad y dotes especiales, sino porque en su marcha hacia el fin señalado van empujados por tan poderosa energía, que no saben ni pueden detenerse, para deliberar sobre los medios que deben emplearse.

A veces, esos hombres hablan con terror de su conciencia y se sienten atormentados por escrúpulos sincerísimos, pero la conciencia es una fuerza que no doma sino á los débiles. Los fuertes se hacen

pronto dueños de ella y la esclavizan á sus deseos. Instintivamente comprenden que, dejándole libertad y espacio, quebrantarían sus vidas.

Así le sacrifican algunos días, mas si llega por instantes á dominar su alma, no logra ella nunca humillarlos bajo su yugo; su vida queda tan fuerte, tan sana, tan intacta como antes.

A la edad de cuarenta años, Ignat Gordeieff poseía ya tres barcos de vapor y una docena de lanchones.

Gozaba, en el Volga, de gran consideración, debida á su inteligencia tanto como á su riqueza; á pesar de ello, se le llamaba el «Chiflado», pues su vida no tenía el curso uniforme y regular de la de los otros hombres; á veces hervía rebelde y se lanzaba fuera del camino trazado, extraño á la ganancia, único objeto de la existencia de ese hombre.

Había como tres Gordeieff, ó mejor, había como tres almas en él.

Una de ellas, la más potente, sólo era más ávida. Cuando Ignat vivía sometido á sus aspiraciones, era simplemente un hombre poseído de una pasión ardorosa por el trabajo.

Esta pasión le dominaba día y noche y le llenaba por completo. Recogía entonces cientos y miles de rublos y parecía que no podía saciarse del roce de sus billetes y de su oro.

Ignat corría sin tregua ni reposo, de un extremo á otro del Volga, disponiendo sus redes de pescar oro; acaparaba el trigo de las aldeas, lo transportaba á Ribinsk sobre sus lanchas, robaba, engañaba, unas veces sin notarlo siquiera, otras conscientemente; en este último caso se burlaba á menudo de sus víctimas, y ilegaba entonces á lo sublime—en esa locura de la ganancia.

Con todo y darse en cuerpo y alma á esa caza del rublo, no era avaro en el sentido estrecho del

vocablo. Mostraba á menudo un desinterés incomprendible, pero muy sincero.

Estaba un día en la orilla del río, y miraba su nueva lancha de cuarenta y cinco varas, rota por los hielos, que la apretaban contra la ribera escarpada.

—¡Bien hecho! ¡Vamos! Aprieta más... aplasta... ¡vamos! ¡otra vez!... murmuraba entre dientes.

—Y bien, Ignat, le preguntó su camarada Maia-kin, aproximándose, son algunos miles de rublos que le saca el hielo del bolsillo.

—Eso es nada; volveremos á ganar cien mil. Mire como se estremece el Volga, ¿eh? ¡Es soberbio! Nuestro padre, el río, puede revolver la tierra, como un queso con un cuchillo... ¡mira, mira! Ve mi *Boyarinia*... No ha navegado más que una sola vez... ¡Y bien, le diremos una misa de adiós!

El barco fué reducido á migajas.

Ignat y su compañero, sentados en una taberna, bebían aguardiente, mirando por la ventana los restos de la *Boyarinia*, que el río llevaba entre los hielos.

—¿Lamentas tu barquilla, Ignat? le preguntó Maia-kin.

—¿Por qué lamentarlo? El Volga lo dió, el Volga lo quitó... No es un brazo lo que me han arrancado...

—¡Sin embargo!...

—¡Eh! ¿cómo sin embargo?... Estoy contento de haber visto cómo ha ocurrido todo ello. Es una lección para el porvenir...

—Entonces, ¿no lo has sentido, de veras?

—¿El barco?... el barco... lo he sentido, en efecto... Pero, en el fondo, el pesar no es sino una tontería. ¿Qué sentido tiene eso? Llorad si queréis. Las lágrimas no apagan el incendio. ¡Qué importa! ¡Los barcos pueden quemarse! ¡y que todo se quemé! ¡Me burlo de ello! Con tal que el alma guarde el fuego

sagrado del trabajo... todo será edificado de nuevo.
¿No es cierto?

—Sí, respondió Maiakin, sonriendo, dices fuertes pensamientos... Quien habla así, puede ser despojado hasta de su camisa y ser siempre rico.

Bien que arrostrara con filosofía la pérdida de su dinero, Ignat sabía el precio de cada kopek.

Hacia limosna rara vez y no daba más que á los absolutamente incapaces de trabajar. Si un mendigo todavía con alguna fuerza le pedía, decíale severamente:

—¡Sigue tu camino! Puedes aún trabajar. ¡Mira! Ahí está mi jardinero. Ayúdale á recoger la basura y te daré unos kopeks...

En esos periodos de pasión por el trabajo, era rudo é implacable en sus relaciones con los hombres, y no se daba punto de reposo en la persecución del rublo.

Después, de repente, y esto sucedía generalmente en la primavera, cuando un encanto de belleza transfigura la tierra, y que del cielo ruso parecen descender acariciantes insinuaciones,—Ignat tenía el sentimiento de no ser ya dueño de sus asuntos, sino su vil esclavo.

Se volvía pensativo; bajo sus espesas cejas fruncidas lanzaba miradas escrutadoras á su rededor, pasaba días enteros, perezoso y huraño, como si algún deseo secreto le atormentase, sin que osara expresarlo abiertamente. Otra alma se despertaba en él, el alma furiosa y lasciva de la bestia, exasperada por la privación. Insolente con todo el mundo, cínico, bebía, llevaba una vida desarreglada, embriagaba á sus compañeros; era el delirio. Como si un volcán de lodo hubiese hecho erupción en él, parecía que, impotente para romper las cadenas que llevaba, y que se había remachado él mismo, trataba de rechazarlas.

Despeinado, sucio, con las facciones abotagadas

por el insomnio y la borrachera, los ojos saltones, enormes, aullando con voz ronca, iba á la ciudad, de suburbio en suburbio, tiraba el dinero sin contarlo, lloraba escuchando los ritmos melancólicos de los aires populares, bailaba, golpeaba, sin saber á quién, sin que nada sirviese á calmarle.

Un día que se encontraba en compañía de otros borrachos, un sacerdote sin escrúpulos vino á pegarse á ellos, como una pelota de barro se pega al calzado.

Era un hombrecillo grueso, calvo, vestido con una sotana agujereada. Sér impersonal, grotesco y feo, que servía de bufón: embadurnaba de mostaza su cráneo desnudo; se le hacía andar á gatas, se le obligaba á beber una mezcla de diferentes clases de aguardientes, á bailar danzas obscenas. Todo esto lo ejecutaba en silencio, con una sonrisa idiota en los labios; é invariablemente tendía la palma de la mano, diciendo: «Dad un rublo...»

Estallaban en risas; algunas veces se le daban 20 kopeks; otras se le echaban diez rublos y aun más; otras no se le daba nada.

—Es usted una basura; ¡vamos! dínos lo que eres.

El cura, asustado de este apóstrofe, se callaba, saludando en silencio á Ignat.

—¡Vamos, dínos lo que eres! aullaba Ignat.

—Soy aquel á quien se injuria, respondía el sacerdote.

Y toda la banda soltaba la carcajada.

—¡Eres un miserable! dijo Ignat, con aire amenazador.

—Soy un miserable... por necesidad, por debilidad de alma.

—Ven aquí, repuso Ignat, ven, ven, siéntate cerca de mí...

Temblando de terror, el paso vacilante, el cura se aproximó al comerciante borracho y se detuvo delante de él.

—Siéntate á mi lado, continuaba Ignat.

Y, cogiéndole de la mano, le obligó á sentarse.

—Tú y yo tenemos algo de común... Yo también soy un miserable. Tú lo eres por necesidad; yo por depravación... ¡Yo soy un miserable por aburrimiento!... ¿Has comprendido?

—Comprendido, dijo dulcemente el cura.

Entonces hubo una alegría general.

—¿Sabes ahora quién soy?

—Sé...

—Y bien, repítelo: «¡Usted, Ignat, es un miserable!»

Pero el cura no podía.

Miraba con espanto la enorme talla de Ignat y movía negativamente la cabeza.

Un reír loco, parecido al zumbido del trueno, salió de la concurrencia. Ignat no insistió en hacerse injuriar por el cura.

Entonces le preguntó:

—¿Debo darte dinero?

—¡Dadme! dijo el cura, levantándose.

—¿Qué harás de él?

No respondió.

Entonces Ignat, cogiéndole por el cuello, le sacudió é hizo escapar de su boca inmunda estas palabras, pronunciadas con terror, dulcemente, casi tartamudeando:

—Tengo una hija, una hija... dieciséis años... en un establecimiento religioso. Para ella... amontoño... pues cuando salga... no tendrá ni con que ocultar su desnudez...

—¡Ah!.. exclamó Ignat.

Y le soltó.

Quedó largo tiempo pensativo, sombrío, observando al cura.

Después, con ojos alegres, repuso:

—¿Mientes, verdad, borracho?

El cura, silenciosamente, hizo la señal de la cruz y dejó caer la cabeza sobre su pecho.

—Es verdad; tiene una, afirmó uno de la banda.

—¿Tiene una? ¡Está bien! gritó Ignat.

Y, dando un puñetazo en la tabla, se volvió hacia el cura:

—Escucha... Véndeme tu hija... ¿Cuánto me pides?

Un estremecimiento agitó al desdichado; sacudió la cabeza.

—¡Mil rublos!

Todos reían, viendo temblar al cura, como bajo una ducha de agua fría.

—¡Dos mill! aullaba Ignat, con los ojos chispeantes.

—¿Qué tiene usted?... ¿Cómo puede ser eso?... balbuceaba el cura, tendiendo sus dos manos hacia Ignat.

—¡Tres mill!

—¡Ignat Matveitch! exclamó con voz segura y vibrante: ¡En el nombre de Dios, nuestro Señor... En el nombre de Cristo! ya basta... ¡Yo la vendería por ella misma! ¡Yo la vendería!

Había como una amenaza en estos gritos dolorosamente agudos, y sus ojos apagados, insignificantes hasta entonces, brillaron, como un tizón en la noche.

El corro de borrachos reía locamente.

—¡Silencio! gritó con rabia Ignat.

Irguió su alta talla, frunció el ceño:

—¡No comprendéis, grandísimos tunos, de lo que se trata! ¡Se debe llorar y reír!...

Se aproximó al cura, se arrodilló ante él y le dijo con firmeza:

—¡Cura! Ahora acabas de ver lo miserable que soy; pues bien, escúpeme en la cara.

Pasó entonces algo de repugnante y ridículo: el cura se arrojó á su vez á los pies de Ignat, y como

una enorme tortuga, se arrastraba á su alrededor, besando sus rodillas, balbuceando palabras incomprensibles, sollozando.

Ignat, inclinado sobre él, le levantó del suelo y le gritó, en tono imperioso y suplicante:

—¡Andal! ¡Escupe!... Apunta bien á mis innobles ojos.

En un momento, toda esta banda había quedado estupefacta por el grito severo de Ignat, pero volvió á reír de nuevo y de tal modo que los cristales de la taberna temblaron.

—¡Te doy cien rublos... escupe!

Pero el cura se arrastraba por el suelo llorando de miedo ó de dicha, viendo á este hombre exigir así de él su propia humillación.

Por último Ignat se levantó.

Con el pie rechazó al cura y le arrojó al rostro un fajo de billetes, diciendo con tono sombrío y una sonrisa ligera:

—¡Granuja!... ¿Acaso un hombre puede hacer penitencia delante de tales gentes? Los unos temen oír la confesión, los otros se burlan del pecador... ¡Y yo, que era tan sincero! estaba conmovido hasta las entrañas. ¡Vamos á ver! me decía yo. Y realmente no pensaba en nada... ¡Así es!... ¡Vete pronto, desaparece! y que no te vuelva á ver, ¿entiendes?

—¡Oh! ¡qué original!... decían sus compañeros enternecidos.

En la ciudad corrían leyendas á causa de sus orgías; todo el mundo las condenaba severamente; pero jamás hubo alguien que rehusase participar de ellas.

Llevaba esta existencia durante semanas y después volvía á su casa, aun impregnado del olor de los tugurios, abatido y dulce. Los ojos bajos humildemente, apagados por la vergüenza, escuchaba en silencio los regaños de su mujer; tranquilo y estúpi-

do, como un cordero, entraba en su cuarto y se encerraba. Permanecía durante varias horas arrodillado ante las imágenes santas, la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos colgando, inertes, la espalda encorvada y se callaba, como si no osase rezar. De puntillas su mujer se aproximaba á la puerta y escuchaba. Profundos suspiros partían de la habitación, como el resoplido de un caballo fatigado y que sufre.

—¡Señor! tu ves... balbuceaba sordamente Ignat, golpeando con fuerza su ancho pecho con la palma de su manaza.

Durante estos días de penitencia, no bebía más que agua y no comía sino pan de centeno. Por la mañana su mujer ponía á la puerta una libra de pan y sal; lo cogía el mismo y se volvía á encerrar.

Por nada del mundo hubiera podido molestársele durante estos destierros.

Al cabo de algunos días aparecía en la Bolsa, bromeaba y contratava grandes cantidades de trigo, con la misma penetrante mirada de ave de rapina y la misma práctica de negocios.

Pero, en las fases diversas de su vida, un solo deseo apasionado le perseguía, el de tener un hijo: y cuánto más envejecía, más le desesperaba este deseo.

La misma conversación se sostenía á menudo entre su mujer y él. Por la mañana, tomando el té, ó bien al medio día, durante la comida, miraba sombriamente á su mujer, criatura delicada, con semblante de rosa y ojos soñadores, y le preguntaba:

—Qué tal... ¿no sientes nada?...

Ella sabía perfectamente lo que él quería decir, pero respondía invariablemente:

—¿Cómo no he de sentir? Mira tus puños; son como mazas...

—¡Hablo de tu vientre, imbécil!

—Después de recibir esos golpes ¿es posible quedar encinta?

—No son los golpes lo que impide estar encinta, sino el comer demasiado. Llenas tu vientre de toda clase de alimentos; un niño no tiene ya sitio para germinar.

—Se diría que no te he dado nunca nada....

—¡Pse! ¡Niñas! replicaba Ignat, con despecho. Me hace falta un hijo, ¿comprendes? un hijo, un heredero á quien pase mi capital, después de mi muerte. ¿Quién orará por mis pecados? ¿Lo he de dar todo á los conventos? ¡ya han recibido bastante, ya basta! ¿Dejártelo todo á tí? ¡Ah! ¡tú eres una famosa devota!.. Aun en la iglesia no piensas más que en guisos, y si yo muero, te volverás á casar... y mi dinero pasará á algún imbécil. ¿Para eso he de trabajar? ¡Dime!

Y una gran tristeza le invadía, pues sentía que, sin un hijo para sucederle, su vida no tenía objeto.

En nueve años de matrimonio su mujer había dado á la luz cuatro niñas, pero todas murieron. Ignat, que esperaba su nacimiento temblando, lloraba apenas su muerte; le eran inútiles.

Desde el segundo año de su matrimonio, pegaba á su mujer. Y al principio sólo le pegaba cuando estaba borracho, sin cólera, sencillamente para adaptarse al refrán popular: «Ama á tu mujer como á tu alma y sacúdela como á un peral».

Después de cada alumbramiento inútil, un odio invencible se elevaba en su alma y entonces le pegaba con delicia, vengándose de que no le hubiese dado un hijo.

Se encontraba en el gobierno de Samara, cuando recibió un telegrama de sus parientes, anunciándole la muerte de su mujer. Hizo la señal de la cruz, meditó y escribió á su compañero Maiakin:

—«Enterrad sin mi presencia; vigilad mis intereses».

Fué en seguida á la iglesia, hizo decir una misa, y después de haber rezado por el eterno descanso del alma de la difunta Aquilina, juzgó que lo más indispensable para él era casarse de nuevo lo más pronto posible.

En esta época tenía cuarenta y tres años. Buen mozo, ancho de espaldas, hablaba con voz de sochantre; bajo sus cejas negras las miradas de sus grandes ojos eran inteligentes y resueltos; en su cara curtida, cubierta en parte por una espesa barba negra, y en toda su persona potente, había una gran belleza, puramente del país, sana y ruda. Sus movimientos, su paso altivo y lento confirmaban sus fuerzas y una sólida confianza en sí mismo.

Agradaba á las mujeres y no las rehuía. No había pasado un año aún desde la muerte de su mujer, cuando pedía la mano de la hija de una persona con quien le ligaban relaciones comerciales, un cosaco del Don, de la secta de los Morlacainos. Fué bien recibido á pesar del apodo de *Chiflado*, con el que se le conocía hasta en el Ural. Trajo á su mujer con él por otoño. Se llamaba Natalia, una moza, de grandes ojos y una gran mata de pelo rubio; era todo lo que convenía al bello Ignat. Él unía á su amor, al mismo tiempo que la altivez, la ternura apasionada del sér robusto y superior en fuerzas.

Sin embargo, al cabo de poco de tiempo empezó á observarla con atención.

Apenas si aparecía ya la sonrisa en el rostro oval, de gestos regulares y severos, de la joven. Constantemente parecía absorta en vagos pensamientos, extraños á las cosas mundanales; sus grandes ojos azules, siempre fríos y tranquilos, estaban á veces sombríos y hostiles. Cuando no la ocupaban los menesteres del hogar, se sentaba en la ma-

yor habitación de la casa, cerca de la ventana, y allí se estaba inmóvil, silenciosa dos ó tres horas seguidas.

Su rostro estaba vuelto á la calle, pero su mirada, profundamente abstraída, era indiferente á la vida y al movimiento del mundo exterior: parecía que miraba dentro de sí misma.

Sus pasos también eran raros. Natalia iba y venía en las vastas habitaciones de la casa, lentamente y con precaución, como si algo invisible impidiera la libertad de sus movimientos.

La casa estaba amueblada con lujo abigarrado y pesado; todo brillaba y denotaba una gran fortuna. La cosaca pasaba por entre las porcelanas y las vitrinas llenas de figuras de plata de puntillas, como si temiera que estos objetos la cogiesen y extrangulasen.

La vida tumultuosa de una gran ciudad comercial no parecía interesar á esta mujer grave y taciturna y cuando á veces salía en coche con su marido, sus ojos se fijaban constantemente en la espalda del cochero. En la sociedad, que frecuentaba á instancias de Ignat, conservaba la misma figura extraña. Cuando venían á su casa invitados, ponía todo su esmero en recibirles convenientemente; pero no ponía ningún cuidado en la conversación ni marcaba preferencia por ninguno. Sólo el compañero de su marido, Maiakín, inteligente y jovial, hacía á veces salir á su rostro una sonrisa indecisa como una sombra.

Decía él, hablando de ella:

—Es un leño... no es una mujer. Pero la vida es como un bracero incandescente; todos arderemos. Esta molacaina arderá á su vez, esperad, démosle tiempo. Entonces veremos cuál es la flor que la hará desvanecer.

—¡Eh! ¡pequeñita! decía Ignat. ¿En qué piensas?

¿Es qué guardas la nostalgia de tu aldea cosaca? Es necesario vivir más alegremente.

Ella callaba y les miraba con aire plácido.

—Vas demasiado á menudo á la iglesia. ¡Espera un poco! Tienes mucho tiempo para hacerte perdonar tus pecados... Primeramente comételes. Tú sabes perfectamente que, cuando no se peca, no se hace penitencia, no se es dichoso... Deberías pecar ahora que eres joven. ¿Vamos á pasear?...

—No tengo ganas.

Se sentaba á su lado, la enlazaba entre sus brazos; pero ella permanecía inerte y no respondía sino fríamente. El buscaba entonces sus miradas y le preguntaba:

—Natalia, ¿por qué estás triste? ¿Te aburres conmigo?

—No, respondía ella brevemente.

—¿Qué tienes, pues? ¿Tienes ganas de volver á los tuyos?

—No, eso pasará...

—¿En qué piensas?

—No pienso.

—¿Entonces qué es?

—Soy así...

Una vez pudo obtener una respuesta más amplia:

—Tengo algo, aquí, en el corazón .. algo... vago... y en los ojos también... Me parece que nada de todo esto es real...

Hizo un gesto con la mano, para indicar todo lo que la rodeaba; los muebles, las paredes, todo. Ignat no dió importancia á sus palabras, pero le respondió riendo:

—¡Qué locura! Todo es de verdad... todos los objetos son caros y sólidos. Pero si tú lo deseases, los quemaría, los vendería, daría todo y compraría otros. Vamos á ver, ¿quieres?

—¡Para qué! respondió tranquilamente.

Ignat no comprendía como esta mujer tan joven, tan fresca, viviese así como entontecida, no deseando nada, no yendo á ninguna parte, salvo á la iglesia, y evitando á todo el mundo.

Y empezaba á consolarla.

—¡Espera un poco!.. Tendrás un hijo y tu vida cambiará completamente. Es porque tienes muy pocos cuidados, por lo que estás tan aburrida; pero él te dará demasiados... ¿Verdad que tendrás un hijo?

—Como Dios quiera... decía ella bajando la cabeza.

Pero bien pronto su humor empezó á reflejarse en su semblante.

—¡Vamos! Molacaina, ¿por qué pones esa cara? Parece que andas sobre agujas... y cuando miras díriase que has cometido un crimen. Eres una sin gustos.

Un día Ignat venía medio borracho y se puso á acosarla con sus caricias. Como ella las rehusase, irritado, exclamó:

—¡Natalia, no seas imbécil, ten cuidado!

Ella se volvió hacia él y le preguntó con calma:

—¿Y qué sucedería?

A estas palabras y ante la mirada resuelta de su mujer Ignat se puso furioso.

—¡Cómo!—exclamó avanzando hacia ella.

—¿Es que te atreverías á pegarme quizás?—respondió ella, sin moverse de su sitio y sin bajar la vista.

Ignat, acostumbrado á que todo temblase ante su cólera, encontró humillante su calma.

—Espera... gritó levantando el brazo sobre ella.

Sin aceleración, pero con ligereza, esquivó el golpe, y después, cogiéndole por el brazo le rechazó y sin alzar la voz, le dijo:

—¡Si me tocas, no me reuniré jamás á tí! No lo soportaré.

Sus grandes ojos se achicaron y su brillo penetrante y agudo devolvió á Ignat su sangre fría. Comprendió en la expresión de su rostro que ella también era un animal vigoroso, y que, si tal era su voluntad, no retrocedería.

—¡Ful! ¡ful! ¡arisca! murmuró él.

Y partió.

Acababa de ceder, pero no quería que se repitiese; no podía concebir que una mujer, y sobre todo la suya, no se doblegase ante él: esto le había humillado. Se dió cuenta inmediatamente de que su mujer no cedería ya en nada y que entre ellos se iba á entablar una lucha testaruda por la supremacía.

«¡Está bien! Vamos á ver quién será el más fuerte», se decía al día siguiente, echando una ojeada á su mujer con una curiosidad sombría; y en su alma se encendía ya un violento deseo de emprender la lucha para gozar más pronto del triunfo. Pero cuatro días después de esta escena, Natalia anunció á su marido que estaba encinta.

Ignat tembló de alegría, la apretó con fuerza entre sus brazos y le dijo con voz sorda:

—¡Bravo, Natalia... si fuese un hijo! Si es un hijo lo que das á luz, te cubriré de oro. ¿Qué digo? Seré tu esclavo. Lo juro ante Dios. Me arrastraré á tus pies y harás de mí lo pue te plaza.

—No está eso en nuestra mano, sino en la de Dios, dijo ella con voz persuasiva y dulcemente.

—¡Sí, Dios! exclamó Ignat con amargura.

Y bajó tristemente la cabeza.

A partir de este momento, cuidó á su mujer como á un niño.

—¿Por qué te sientas cerca de la ventana? Ten cuidado no vayas á coger una pulmonía, le decía él con mezcla de severidad y ternura. ¿Por qué corres por las escaleras? Puedes dar un mal paso... Come por dos, para que tenga bastante...

El embarazo puso á Natalia más inaccesible y más silenciosa que de costumbre. Parecía enteramente entregada á sí misma, como absorta por la palpitación de una nueva vida bajo su corazón. Pero la sonrisa de sus labios se hizo más significativa y en sus ojos brillaba á veces un resplandor nuevo, indeciso y tímido, tal como la primera claridad del alba.

Cuando llegó por fin el momento del parto, era la mañana de un día de otoño, al primer grito que escapó á su mujer Ignat palideció y quiso decir algo; pero hizo sólo un movimiento con la mano y salió de la alcoba, en la cual su mujer se retorció presa de los dolores. Bajó á una pequeña habitación en el piso inferior, que había servido de capilla á su madre. Allí pidió aguardiente y se sentó con aire sombrío ante la mesa y empezó á beber, prestando oído incesantemente al ruido que agitaba la casa y á las quejas que venían de arriba.

En un rincón del cuarto, débilmente iluminado por la luz parpadeante de una lamparilla, se distinguían las efigies de santos indiferentes y negros. Y arriba el ruido de pasos, que cruzaban el cuarto, el de muebles que se varían de su sitio, choque de vajillas, mientras que por las escaleras los criados corrían desenfrenados... Todo se hacía de prisa, y el tiempo pasaba lentamente. El oído de Ignat percibía voces ahogadas.

—Parece que no saldrá del paso sin ayuda... Será necesario enviar á la iglesia y hacer abrir las puertas del tabernáculo.

En la habitación inmediata de aquella en que se encontraba Ignat, entró de repente Vasuchka, una mujer que él albergaba por caridad y se puso á rezar siseando, pero aun bastante alto:

—¡Dios grandel... tú que te dignaste bajar del cielo sobre la tierra y nacer de la santa Virgen...

Tú que conoces la miseria de nuestro sér... ten piedad de tu sierva...

Y de repente, por encima de los demás ruidos, oyóse un gemido que no tenía nada de humano y que llegaba al alma seguido de un grito prolongado, que atravesaba lentamente las habitaciones de la casa, perdiéndose en los rincones en los que las sombras crepusculares se esfumaban alegremente.

Ignat arrojaba desfallecidas miradas á las santas imágenes, suspiraba trabajosamente y pensaba:

«¿Es posible que sea otra niña, aun?»

A veces se levantaba, quedaba inmóvil en medio del cuarto y hacía silenciosamente el señal de la cruz, inclinándose extraordinariamente ante las imágenes; después volvía á sentarse cerca de la mesa y bebía aguardiente, que en estos momentos no le emborrachaba y sólo le hacía dormir. Pasó así toda la tarde, y toda la noche y también la mañana del siguiente hasta el medio día. Por último vino á verle la portera y con voz chillona y alegre le gritó desde lejos:

—Te felicito. Ignat Matveitch. Es un niño.

—Mientes, dijo él sordamente.

—¿Y qué tienes tú, padre?

Aspirando entonces el aire con toda la fuerza de sus pulmones, Ignat cayó de rodillas pesadamente y con voz temblorosa, balbuceó, las manos apretadas contra el pecho:

—¡Dios sea alabado! No has querido que mi raza se extinguiese. Mis pecados no quedarán sin sufragio ante tí. ¡Gracias, Dios mío!

Y levantándose acto seguido, se puso á dar órdenes en alta voz:

—¡Andando! que vayan inmediatamente á San Nicolás á buscar al sacerdote. Decid que es Ignat Matveitch quien envía por él. «Venid, se le dirá, á hacer la plegaria por la parida».

En este momento apareció el ama de gobierno con aire inquieto.

—Ignat Matevitch, dijo, la señora le llama á usted, se siente mal...

—¿Cómo mal? ¡Eso se pasará! murmuró alegremente, los ojos encendidos. Decidle que voy en seguida. Decidle que es una gran mujer. Decidle: «Va á venir en seguida, va en busca del regalo y vuelve.» Espera. Preparad de comer para el pope... Id en busca de Maiakin.

Su gran talla parecía aún haber crecido; ebrio de alegría iba de un lado á otro del cuarto como loco; sonreía, se frotaba las manos y echando miradas cariñosas á los santos, hacía mil veces la señal de la cruz con movimientos desmesurados... Por último pensó ir en busca de su mujer.

Allí, lo que primero atrajo sus miradas fué un bultito rojo que la partera lavaba.

Percibiéndole, Ignat púsose de puntillas y con las manos atrás se aproximó, andando con la mayor precaución, los labios contraídos en una mueca tierna y ridícula. El pequeño gemía y manoteaba en el agua, desnudo, endeble, interesante y digno de lástima.

—¡Eh! tú... no le aprietes tan fuerte. Ya sabes que todavía no tiene huesos, dijo Ignat en tono bajo á la partera.

Esta se echó á reír, abriendo una boca desdentada y haciendo pasar diestramente al pequeñuelo de una mano á otra.

—Vete más bien al lado de tu mujer...

Se volvió dócilmente hacia la cama y preguntó:

—¿Y bien, Natalia?

Después aproximándose, echó á un lado los cortinajes, que hacían sombra.

—No sobreviviré... gimió una voz enronquecida.

Ignat se callaba, mirando fijamente el rostro de su mujer, enterrado entre la blancura de las almo-

hadas, en las cuales, parecidas á serpientes muertas, se deslizaban los mechones de sus cabellos.

Amarillo, lívido con manchas negras alrededor de los ojos, inmensamente abiertos, aquel semblante estaba desconocido.

Un presentimiento fatal le sobrecogió y paró los alegres latidos de su corazón.

—Eso no es nada; es siempre así, dijo dulcemente, inclinándose para besar á su mujer.

Pero ésta continuaba su gemido:

—No sobreviviré...

Sus labios estaban cenicientos, fríos y, cuando él aproximó los suyos, comprendió que la muerte se apoderaba de ella.

—¡Gran Dios! murmuró aterrado, sintiendo que el espanto le apretaba la garganta y le impedía respirar. ¡Natalia!... ¡Eh! ¿qué va á ser de él?... ¡Pero le hace falta el pecho! ¿Qué haces?

Faltó poco para revolverse contra ella. Alrededor de él iba y venía la partera: agitaba en el aire al niño que lloraba y le hablaba con voz acariciadora; pero Ignat no oía nada y no podía apartar sus ojos de la faz espantosa de su mujer. Sus labios tartamudeaban palabras débiles y lentas, cuyo sentido era imposible percibir. Sentado en el borde de la cama, decía con voz sorda y tímida:

—Piensa que no puede pasarse sin tí. Es un niño. Debes animarte, dejar esos pensamientos... no pienses más...

Hablaba, aunque comprendía que sus palabras eran inútiles. Las lágrimas se apoderaron de él y sintió en su pecho algo pesado como una piedra y frío como un témpano.

—Perdóname... adiós... cuidale... ten cuidado... no bebas... murmuraba Natalia en un suspiro.

El sacerdote vino y cubriéndole el rostro con un velo bendito, empezó á recitar suspirando las palabras dulces y suplicantes:

—«Señor Todopoderoso, tú que curas todos los males, á esta pobre mujer que acaba de parir, á tu sierva Natalia, envía la cura y levántala del lecho de dolor, en que reposa. Según la frase de David: *Concebidos en el pecado, somos todos impuros ante ti*».

Calló la voz del anciano. Su flaco semblante era severo y sus hábitos oían á incienso.

—«Preserva al niño, nacido de ella, de todo infierno, de toda desgracia, de toda tempestad... de espíritus malignos, día y noche»...

Ignat escuchaba la plegaria y lloraba sin ruido: sus gruesas y ardientes lágrimas caían en el brazo desnudo de su mujer. Pero probablemente este brazo ya no sentía nada, pues la epidermis ya no experimentaba el más ligero temblor.

Concluida la plegaria, Natalia perdió el conocimiento y el segundo día murió sin decir nada á nadie; murió con el mismo silencio en que viviera.

Después de haber hecho grandes funerales á su mujer, Ignat bautizó á su hijo y le nombró Tomás. Con el corazón afectado se resignó á darlo á la familia de su padrino Maiakín, cuya mujer acababa igualmente de dar á luz. En la barba oscura y espesa de Ignat, la muerte de su mujer sembró varios hilos blancos y en la mirada sombría de sus ojos apareció una nueva expresión, tierna, límpida y acariciadora.

II

Maiakín habitaba un caserón de dos pisos, con un gran jardín, donde viejos y robustos tilos extendían orgullosamente su ramaje. Espesas ramas cubrían con su encaje compacto y sombrío las ventanas de la casa y el sol no atravesaba sino muy difícilmente por este cortinaje, con sus rayos oblicuos y vacilantes. En las habitaciones, pequeñas, llenas

de toda clase de muebles, reinaba siempre una obscuridad triste y severa.

La familia era muy piadosa: un olor de incienso, de cera y de aceite de las lamparillas llenaba toda la casa. Suspiros de penitentes, rumores de plegarias flotaban en el ambiente. Los ritos se cumplían con una puntualidad rigurosa, con delicia; en ellos se encontraba la fuerza de alma de la casa. En esta atmósfera oscura y sofocante se movían sin ruido bultos de mujeres vestidas de negro, calzadas con fieltro, teniendo siempre en la cara una expresión contristada. La familia de Jacob Tarasovitch Maikain se componía de él, de su mujer, de su hija y de cinco parientas, de las que la menor tendría treinta y cuatro años. Todas eran igualmente piadosas, sin voluntad y sumisas á Antonia Ivanovna, la dueña de la casa, una mujer alta, delgada, de rostro sombrío y ojos grises, severos, donde brillaba una mirada imperiosa é inteligente.

Maiakín tenía también un hijo, Taras; pero su nombre no era nunca pronunciado en la familia. Los íntimos sabían que á la edad de diecinueve años Taras había ido á Moscou á hacer sus estudios, que contra el gusto de su padre se había casado tres años más tarde y que Jacob lo había repudiado. Después Taras desapareció por completo; se decía que había sido enviado á Siberia por un delito cualquiera.

Jacob Maiakín ofrecía un aspecto poco común. Era pequeño, delgado, muy vivo, de barba corta, de un rojo fuego, recortada en punta y ojillos verdosos, que parecían decir: «No os inquietéis; aunque os comprendo perfectamente y me dejáis en paz, consiento en no delataros». Su cabeza, desmesuradamente grande, tenía una forma cónica. Su frente surcada de arrugas en todos sentidos se confundía con su cráneo calvo, y hubiérase dicho que este hombre poseía dos caras: la primera que todo el

mundo podía ver, era sagaz y llena de inteligencia, con un enorme cartilago sirviéndole de nariz; la otra misteriosa, sin ojos y sin boca, compuesta únicamente de arrugas detrás de las que Maiakín parecía ocultar otra boca y otros ojos. Los ocultaba de pronto, pero se presentía que esta boca y estos ojos en un momento dado aparecían y le daría una faz enteramente nueva.

Maiakín tenía una fábrica de cuerdas y una tienda en la ciudad, próxima al puerto. En esta tienda, llena hasta el techo de cuerdas y cables, cáñamo y estopa, tenía una trastienda con una puerta de cristales que giraba. El mueblaje de la trastienda se componía de una grande y fea mesa, de un inmenso sillón de cuero, en el que Maiakín pasaba días enteros, bebía el té y leía siempre el mismo periódico: *Las Novedades de Moscou*, al que siempre estaba abonado. Gozaba entre los comerciantes de una gran consideración y pasaba por hombre de buena cabeza. Se complacía en hacer conocer la antigüedad de su familia, diciendo con voz velada: «Nosotros, los Maiakín, éramos comerciantes en tiempos de nuestra madre, la gran Catalina... ¡así es que yo soy un hombre de sangre pura!...»

En esta familia es donde el hijo de Ignat Gordeieff vivió hasta la edad de seis años. En su año séptimo Tomás tenía una cabeza muy grande y un pecho muy robusto: parecía de más edad, tanto por su talla como por la expresión de sus ojos, que eran muy grandes. Dulce, silencioso y obstinado en sus voluntades infantiles, se entretenía todo el día con los juguetes de la hija de Maiakín, Lubov, bajo la muda vigilancia de unas de sus parientas, una vieja solterona gruesa y torpe que se llamaba sin ningún motivo Busia. Esta mujer parecía un sér silencioso y parecía siempre estar asustada; con los mismos niños hablaba á media voz y por monosí-

labos; conocía gran cantidad de oraciones, pero no contaba á Tomás ningún cuento de hadas.

Tomás vivía en buena inteligencia con la chiquilla; pero cuando se enfadaba con ella ó le contradecía, él palidecía, sus ventanas nasales se hinchaban, sus ojos se abrían desmesuradamente y le pegaba con furor. Ella lloraba y se lo contaba á su madre; pero Antonia quería á Tomás y prestaba poca atención á las quejas de su hija, lo que fortificaba la amistad de los dos chicos.

Los días para Tomás eran largos y monótonos. Después de levantarse y de lavarse, se postraba ante los iconos. Busia pronunciaba, gesticulando, interminables oraciones, que el niño repetía como mejor podía. Después venía la hora del té, y con el té se servían muchos bollitos y pasteles. Durante la estación florida, los niños bajaban á un jardín espacioso y ameno, que terminaba en un estanque siempre obscuro. Tenía algo de lúgubre y de él venía un aire frío y húmedo. Como se prohibía á los muchachos aproximarse á este sitio, habían concebido de él un gran terror. En invierno, entre el té y el almuerzo, los niños jugaban en la casa, cuando helaba fuera, ó bien iban al patio y allí se divertían en patinar.

Al medio día se comía á la rusa, como decía Maiakín. Se ponía primeramente en la mesa una gran sopera, llena de sopa de coles, con mucha substancia, donde flotaban pedazos de pan de centeno. Se servía después la misma sopa con la carne, cortada en pedacitos. En seguida venía el asado, lechoncillo, ternera, ó bien cerdo ya hecho, ó carne partida en pedacitos y bien tostada. Se continuaba con sopa de hígado de volateria ó fideos y la comida se terminaba por algún entremés ó algún pastel. Se bebía kwass. Antonia Ivanovna poseía varias clases de fabricación. Todos comían en silencio exhalando de cuando en cuando suspiros de fa-

tiga; los dos niños comían en una vasija, los mayores en otra. Se dejaba la mesa atontado de tanta comida: todos iban á acostarse y durante dos ó tres horas no se oía en la casa de Maiakín más que los ronquidos y la respiración trabajosa de los que duermen.

Al despertar, se tomaba té; después, de sobremesa, se hablaba de las noticias de la ciudad: de los que se casan, de la conducta de éste ó de aquél, de lo que habían dicho ó hecho el cura, los chantres ó tal amigo...

Después del té, Maiakín decía á su mujer: «Vamos, madre, dame la Biblia.» De ordinario Jacob Tarasovitch leía el libro de Job. En su gran nariz cabalgaban unos anteojos con cerco de plata, y echaba una ojeada circular á su auditorio, para ver si cada uno estaba en su sitio. Todos estaban sentados donde tenía costumbre de verlos y sus rostros expresaban ese sentimiento, que conocía tan bien, de una piedad ilimitada y temerosa.

«Hubo un hombre que habitaba el país de Hus...» empezaba Maiakín con voz chillona.

Y Tomás, que estaba sentado cerca de Liuba, en un rincón del cuarto, en el canapé, sabía ya en seguida que su padrino iba á callarse y pasarse la mano por la calva. Escuchaba y se formaba una idea del hombre del país de Hus. Este era grande y desnudo, sus ojos eran inmensos, como los de Cristo y las imágenes, y su voz resonaba como una trompeta, de las que usan los soldados en los campamentos. Este hombre se crecía y ascendía; cuando llegaba al cielo, introducía sus manos sombrías en las nubes y las desgarraba, gritando con voz terrible: *¿Por qué se ha dado la luz al hombre, estando cegado el camino y habiéndolo Dios rodeado de tinieblas?* El miedo empezaba á apoderarse de Tomás, y éste temblaba; el sueño le abandonaba completamente y oía la voz de su padrino, que decía con

sonrisa imperceptible y tirándose de la perilla:

—¡Ved, qué valiente!

Tomás sabía que estas palabras se dirigían al hombre de Hus y la sonrisa del padrino calmaba al niño.—¡No desgarrará el cielo y le hará trizas este hombre con sus terribles manos!... Y Tomás vuelve á ver al hombre—está sentado en tierra, su cuerpo está cubierto de lepra, su piel supura... Ahora es pequeño y digno de lástima; ya no es más que un mendigo como los que se ponen en los atrios de las iglesias. He aquí que dice: *¿Qué puede el hombre nacido de la mujer, para ser puro y justo?*

—¡Es á Dios á quien habla! explicaba sugestivamente Maiakín. «¿Cómo, dijo él, puede ser justo siendo carne?» ¿Eh? ¡A Dios esta pregunta!...

Y el lector miraba con aire triunfante é interrogativo á las mujeres que le escuchaban.

—Ha sido juzgado digno... el santo... responden ellas suspirando.

Jacob Maiakín toma un aire burlón y dice:

—¡Imbéciles!... Más vale que vayáis á acostar á los niños...

Ignat venía todos los días á esta casa. Traía juguetes á su hijo, le cogía y le estrechaba entre sus brazos; pero á veces le decía con inquietud y descontento mal disimulado:

—¿Qué tienes para estar tan cabizbajo?... ¡Uh! ¡uh! ¿Por qué ríes tan poco?

Y se quejaba á su antiguo amigo.

—¡Tengo miedo de que Tomás siga las huellas de su madre!... Sus ojos tampoco son alegres...

—Es demasiado pronto para que te atormentes así, decía sonriendo Maiakín.

El también quería á su ahijado, y un día que Ignat le anunció que iba á llevarse á Tomás, Maiakín se afligió sinceramente.

—Déjale, exclamó, mírale... El chico se ha acostumbrado á nosotros y llora...

—Ya se consolará... no es para tí para quien tengo un hijo. En vuestra casa el aire es pesado, es triste; en ella cualquiera se creería en una ermita de la secta de los antiguos creyentes. Es malsano para un niño, y yo tampoco me siento alegre sin él. Cuando regreso á mi casa... está vacía. Querría no ver nada. Empero, yo no puedo vivir en vuestra casa, á causa de él. No estoy para él... es él quien está para mí. Eso es. Además, tengo mi hermana ahora; Antheisa ha llegado: no faltará quien le cuide.

Y el pequeño fué llevado á la casa paterna. Allí fué recibido por una vieja rara, de larga nariz curva y una boca grande desdentada. Alta, encorvada, vestida con un traje gris, los cabellos grises cubiertos con una cofia de seda negra, no agradó al chiquillo á la primera vista y aun le asustó. Pero cuando la hubo examinado bien, distinguió en su rostro arrugado, unos ojos negros que le sonreían afectuosamente y se arrojó acto seguido de cabeza en sus rodillas, con confianza infantil.

—¡Pobre huérfano! decía ella, con voz velada, que resonaba para él como una dulce música.

Y le pasaba tiernamente la mano por el rostro.

—Miren como se hace una pelota mi niño querido.

Había algo de particularmente dulce y tierno en sus caricias, algo completamente nuevo para Tomás, que miraba los ojos de la vieja con atenta curiosidad. Esta anciana le introdujo en un mundo que le había sido desconocido hasta el día. Desde la primera noche, después de haberle acostado... se sentó al lado é inclinándose sobre el niño, le preguntó:

—¿Te cuento un cuento, querido Tomás?

Y desde ese día Tomás se dormía cada noche, arrullado por la voz armoniosa de la vieja, que le pintaba un mundo de hadas. Héroes que confundían

monstruos, princesitas rubias, pobres de espíritu, que resultaban ser las más sensatas, toda una falange de nuevos y maravillosos personajes pasaban ante la imaginación del muchacho y su alma se impregnaba con avidez en la sana belleza de las creaciones populares.

Los tesoros de memoria y fantasía de esta anciana eran inagotables y se le aparecía á menudo al principio del sueño, ya cómo cualquier hada del cuento, buena hada siempre, ya parecida á la bella Basilisa, la sabia. Abriendo sus grandes ojos, contentiendo la respiración, el pequeño miraba la obscuridad de la noche, que invadía el cuarto y temblaba al resplandor de la lamparilla, encendida ante las santas imágenes. Tomás poblaba la noche de cuadros maravillosos de la vida fantástica. Silenciosas y vivas sombras corrían á lo largo de las paredes y del techo: el muchacho tenía miedo y, sin embargo, le gustaba seguir la existencia de esas quimeras, que sabía destruir instantáneamente con un movimiento de sus pestañas.

Algo nuevo apareció en sus ojos, más infantil, más inocente y menos serio. La soledad y la obscuridad habíanle hecho concebir temerosas preocupaciones. Vivía en espera de algo misterioso y este sentimiento le agitaba y tenía á su curiosidad en acecho. Esta curiosidad le impulsaba á ir á los rincones más oscuros, ver lo que se ocultaba tras el velo espeso de las tinieblas. Iba, no encontraba nada, pero no perdía la fe ni la esperanza de encontrar.

Temía á su padre y le respetaba. La talla enorme de Ignat, su voz de trombón, su faz barbuda, el espeso bosque de su cabellera gris, sus manazas y el brillo de sus ojos, todo daba á Ignat un parecido con los malos de los cuentos de hadas. Tomás temblaba, cuando oía su voz ó sus pasos pesados y rítmicos, pero cuando su padre le cogía en sus ro-

dillas, le sonreía con aire acariciador, cuando su voz sonora le decía alguna terneza ó cuando le lanzaba en el aire para recibirle siempre en sus manazas, el miedo del muchacho desaparecía.

Un día—tenía ocho años—preguntó á su padre que venía de un largo viaje:

—¿Padre mío, de dónde vienes?

—He estado en el Volga...

—¿Has pirateado? le preguntó dulcemente Tomás.

—¿Cómo? exclamó con sorpresa Ignat.

Y sus cejas se arquearon.

—Tú eres un bandido, padre. Lo sé muy bien, decía Tomás guiñando los ojos maliciosamente, encantado de haber penetrado tan fácilmente la vida de su padre, para él tan misteriosa.

—Yo soy un comerciante, replicó severamente Ignat.

Pero, después de reflexionar, sonrió dulcemente y agregó:

—Y tú eres un tontuelo. Yo vendo trigo, trabajo con los barcos... ¿Has visto el *Ermak*? Pues bien, es mi barco y también el tuyo...

—Es demasiado grande... dijo Tomás suspirando.

—Entonces, voy á comprarte uno pequeño, para mientras seas pequeñito, ¿quieres?

—¡Muy bien! exclamó Tomás.

Y después de haber reflexionado un instante en silencio, continuó lentamente y como contrariado:

—Y yo que creía que tú también eras un malandrín ó un gigante.

—Soy un comerciante, te digo, repitió Ignat con tono persuasivo.

Y en la mirada que echó sobre el rostro desencantado de su hijo, se leía una expresión de descontento y casi de temor.

—¿Cómo el padre Teodoro, el que vende pasteles? preguntó Tomás después de un momento de reflexión.

—Eso es... sólo que más rico; yo tengo más dinero que Teodoro.

—¿Mucho dinero?

—¡Bah! más se puede tener.

—¿Cuántos toneles tienes?

—¿De qué?

—¡De dinero!

—¡Tontito! ¿se cuenta el dinero por toneles?

—¿Pues cómo? exclamó Tomás con viveza.

Y, mirando á su padre, se puso á contarle:

—En un pueblo, sucedió que el bandido Maximkraet quitó á un hombre muy rico doce toneles de dineo de toda especie de moneda... Después saqueó una iglesia, partió á un hombre en dos con su sable y lo arrojó desde el campanario, pero este hombre se puso á tocar á rebato...

—¿Es la tía la que te ha contado todo eso? le preguntó Ignat admirando la animación de su hijo.

—Ella ha sido, ¿por qué?

—Por nada, dijo riendo Ignat. He ahí por qué has tomado á tu padre por un bandido...

—¿No puede ser que lo hayas sido en otro tiempo? replicó Tomás, volviendo á su tema favorito.

Y se podía ver en su expresión que ardía en deseos de recibir una respuesta afirmativa.

—Nunca lo he sido... no pienses más en eso.

—¿No lo has sido?

—Te digo que no. Qué rareza... ¿Es bonito acaso ser un bandido? Los bandidos son grandes pecadores. No creen en Dios, saquean las iglesias, todo el mundo los maldice; mira, en las iglesias... Sí, pero no es eso todo, niño mío, es tiempo de trabajar. Pronto vas á tener nueve años... Vamos á empezar con la ayuda de Dios. En el invierno estudiarás y en la primavera te llevaré conmigo á hacer un viaje por el Volga.

—¿Iré al colegio? preguntó tímidamente Tomás.

—Empezarás por trabajar con la tía en casa.

Y poco después el niño se instalaba, desde por la mañana, ante la mesa de estudio, y el dedo sobre el alfabeto eslavo, repetía con su tía: «A. B. V.» Cuando llegó á las sílabas: «Bra, Vra, Cra, Dra,» el niño no podía reprimir la risa pronunciándolas. Tomás hacía todo esto sin dificultad, casi sin esfuerzo y pronto pudo leer de corrido.

—Eso, eso, niño mío, está muy bien, Tomasito, le decía con voz emocionada su tía, "maravillada de ver sus progresos.

—¡Bravo, Tomás! decía seriamente Ignat cuando se le hablaba de los progresos de su hijo. Esta primavera vamos á Astrakán á buscar pescado y en otoño entrarás en el colegio.

La vida del muchacho proseguía así, regular y sin accidente. La tía, sirviéndole de profesor, era una compañera para él en las horas de juego. Liuba Maiakín venía de cuando en cuando. En su compañía la vieja se transformaba y volvía á la alegría de la infancia. Se jugaba infantilmente. Los niños se alborotaban gozosamente, cuando velan á Antheisa con los ojos vendados, los brazos extendidos, avanzar en el cuarto, con mil precauciones, dándose, á pesar de todo, con sillas y mesas. El mismo alboroto era cuando estaban en los rincones escondidos:

—¡Ah! los pillos... ¿dónde se habrán metido?

Y el sol alumbraba con sus rayos alegres y amigables este viejo cuerpo gastado que había sabido conservar un alma joven; sonreía á esta vieja vida, que embellecía á medida de sus fuerzas y sus medios el camino por donde se adelantaban dos juventudes...

Ignat iba muy de mañana á la Bolsa y no regresaba hasta la noche. Iba entonces al Ayuntamiento, hacía visitas ú otros encargos. Sucédiale que llegaba borracho.

Al principio, Tomás le huía, cuando le veía en este estado, y se ocultaba; después se habituó y concluyó por encontrar asimismo que su padre, borracho, era más bueno y más acariciador.

Cuando su padre venía así por la noche, el niño se despertaba siempre por el ruido de una viva discusión.

—Antheisa, hermana mía, ¡déjame besar á mi hijo, á mi heredero! ¡déjame besarle!

Y la tía trataba de calmarle, con su voz cargada de reproches y de lágrimas.

—¡Anda! ¡Anda! ¡Acuéstate, so bruto! ¿Está bien emborracharse así? Ya tienes canas...

—Antheisa, ¿no me es posible ver á mi hijo? ¿Aunque no sea más que con un ojo?

—Ojalá que tus borracheras te arrancasen los dos...

Tomás sabía bien que su tía no dejaría á su padre entrar en su habitación y se volvía á dormir al rumor de sus voces.

Pero cuando Ignat llegaba borracho durante el día, con sus manazas cogía á su hijo y con una risa nerviosa lo llevaba á través de todos los cuartos, preguntándole:

—Tomás, ¿qué deseas? Habla... ¿Bombones? ¿Juguetes? Es menester que sepas que no hay nada en el mundo que yo no te pueda comprar. Tengo un millón de rublos. ¡Ja, ja, ja! Y tendré mucho más. ¿Has comprendido? Todo es tuyo. ¡Ja, ja, ja!

Y, bruscamente, su alegría se apagaba como una bujía que una racha de viento sopla. Su rostro de borracho temblaba, sus ojos enrojecidos se llenaban de lágrimas y sus labios dibujaban una sonrisa temerosa y abatida.

—¡Antheisa!... si muriese... ¡qué sería de mí, entonces!

Y á este pensamiento, montaba en cólera.

—¡Todo ardería! gritaba con los ojos inyectados,

mirando hacia algún rincón obscuro de la habitación. ¡Todo lo destruiría! ¡Todo estallaría!

—¡Basta, gran animal! Vas á asustar al pobre chico; ¿tienes acaso ganas de que caiga enfermo? le decía Antheisa.

Y eso bastaba para que Ignat desapareciese, murmurando:

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Me voy, me voy, me voy! No hace falta gritar; no le asustes...

Si por casualidad Tomás estaba malo, su padre dejaba todos los negocios y no se movía de la casa, cansando á su hermana y á su hijo con preguntas y consejos estúpidos. Sombrío, los ojos llenos de terror, la cabeza perdida, iba y venía por la casa, que llenaba de gemidos.

—¡Tú ofendes al buen Dios! decía Antheisa. Ten cuidado, tus murmuraciones llegarán al Señor y te castigará por tus quejas.

—¡Ah! hermana mía, suspiraba Ignat. Debes comprender que si le ocurriese algo, mi vida no me pertenecería. ¿Para qué habría vivido?

Tales escenas y los bruscos cambios de humor de su padre hablan espantado al muchacho al principio; pero no tardó mucho en habituarse, y, cuando por la ventana veía á su padre salir trabajosamente del trineo, decía con indiferencia:

—Tía, ahí viene padre borracho otra vez.

La primavera llegó, é Ignat cumplió su promesa. Llevó al muchacho con él á bordo de uno de sus barcos y entonces empezó para Tomás una vida diferente, rica en sensaciones nuevas.

El *Ermak*, bello y de potencia, baja rápidamente el río; es el remolcador del traficante Gordeieff, y las dos riberas del Volga, imponente y soberbio, parecen avanzar lentamente á su encuentro.

La orilla izquierda, inundada de sol, se extiende en lontananza, parecida á una inmensa alfombra

verde; mientras que la de la derecha eleva hasta el cielo sus cumbres cubiertas de inmensas selvas, inmóviles en una calma austera.

Entre ellas serpentea majestuosamente el ancho río; arrastra en silencio solemne y sin prisa sus aguas inconsciente, con sus fuerzas irresistibles. Por un lado los bordes escarpados se reflejan en sombríos cuadros, mientras que brilla en el otro, como una maravillosa *toilette*, el oro de las playas de arena y el terciopelo de las verdes praderas.

Aquí y allá, en la montaña y en el valle, se ven casitas. Bajo los ardientes rayos del sol, los cristales de las casas y las techumbres de paja proyectan tonos vivísimos en la verdura de los árboles y las cruces de las iglesias relucen, mientras que giran perezosamente las grises alas de los molinos, y á lo lejos una chimenea de fábrica dibuja en el aire tranquilo espirales negras de humo espeso. Un grupo abigarrado de niños, vestidos con camisas blancas, rojas ó azules, siguen á lo largo de la orilla y acompañan la marcha del buque. Este turba la quietud del río con sus potentes ruedas, y las ondas alegres van hasta la orilla, muriendo á los pies de los chiquillos.

Otros chicos van sobre una frágil embarcación y se apresuran á fuerza de remos hacia el centro de la corriente, para ser arrastrados en el surco del remolcador. A veces se percibe en los sitios inundados las copas de los árboles sumergidos en el agua, parecidas á islotes. Una canción plañidera llega de lo lejos como un largo suspiro.

El barco deja atrás y enloda con el timón una porción de tablas, que navegan por el río. Los marineros, con camisas azules, titubean, miran al barco riendo y gritan algo incomprensible. El soberbio *Ermak* navega á lo largo del río; su carga que consiste en tablas de sierra, brilla como el oro al sol y

se refleja vagamente en las aguas turbadas por los deshielos primaverales.

Ahora es con un barco de pasajeros con el que se cruza. El barco silba y el eco estridente del silbido se pierde en la selva. En medio del río los dos remolinos se encuentran, se deshacen; después besan los costados de los barcos y éstos oscilan dulcemente. En las vertientes se ven ya los verdes tapiques de las siembras de otoño, la tierra sin labrar y los surcos negros de las tierras dispuestos á recibir el trigo. En el aire, los pájaros se arremolinan como puntitos negros y se destacan, de un modo neto, del azul puro del cielo. Allá á lo lejos se percibe un rebaño minúsculo, parecido á un juguete, y la silueta del pastor, apoyado en su tranca y mirando al río.

Por todas partes el reflejo de las aguas, el espacio y la libertad, el aspecto encantador de las verdes praderas y la pureza de un cielo azul y acariciador. En los remolinos del agua se adivina una fuerza oculta. El sol lo alumbraba todo con sus rayos generosos, el aire está saturado del olor penetrante de los pinares y las ramas jóvenes. Y las orillas siguen siempre delante del *Ermak*, descubriendo sin cesar cuadros nuevos, cuya belleza es una caricia para los ojos y para el alma. Todo aquí lleva un sello de quietud: toda la naturaleza y los hombres viven perezosamente, pero esta misma pereza tiene una gracia original y diríase que oculta una fuerza intensa, una fuerza invencible, pero inconsciente, que no se ha creado de deseos bien claros ni de fin definido. Y esta somnolencia de la vida arroja una sombra de tristeza en estos espacios grandiosos. Una paciencia resignada, la espera silenciosa de algún acontecimiento nuevo y vivificante se adivina en todo, así como en el grito del cuclillo que el viento traslada desde la ribera al centro del río. Las canciones tristes parecen implorar auxilio... y por mo-

mentos se siente allí vibrar la energía de la desesperación... A estas canciones, el río responde con profundos suspiros y las copas de los árboles se balancean melancólicamente.

Tomás se inmovilizaba días enteros sobre el puente, al lado de su padre. Sin hablar una palabra, los ojos desmesuradamente abiertos, miraba el panorama de las riberas y le parecía que iba por un ancho sendero de plata, en uno de esos maravillosos reinos que habitaban las hadas y los gigantes de sus fantásticos cuentos. A veces preguntaba á su padre sobre lo que había visto. Ignat le respondía con gusto y muy detalladamente, pero sus respuestas no satisfacían al niño: no encontraba nada de interesante, ni que fuese de su gusto; sobre todo no encontraba en ello lo que buscaba.

Un día dijo suspirando:

—La tía Antheisa sabe más que tú.

—¿Qué es lo que sabe más? preguntó Ignat.

—¡Todo!... le replicó el muchachito con tono convencido.

Los países encantados no se presentaban. En cambio se veían á menudo, á lo largo del río, poblaciones parecidas á la que habitaba Tomás. Unas eran más grandes, otras más pequeñas, pero los hombres, las casas, las iglesias, todo era parecido á lo que él había visto en su pueblo natal. Tomás las visitaba en compañía de su padre y quedaba descontento; regresaba al barco fatigado y abatido.

—¡Mañana llegaremos á Astrakán! dijo un día Ignat.

—¿Se parece á las otras poblaciones?

—¿Claro... y cómo habría de ser?

—¿Y qué hay, luego?

—El mar... eso se llama el mar Caspio.

—¿Y qué hay dentro?

—¡Peces, preguntón! ¿qué otra cosa puede haber en el agua?

—¡La ciudad de Kitej, tú lo sabes bien, está construída debajo del agua!

—¡Eso... es otra cosa!... Es Kitej. No está habitada más que por justos...

—Y en la mar, di, ¿no hay ciudades habitadas por los justos?

—No las hay, dijo Ignat.

Y después de un momento de silencio, añadió:

—El agua del mar es salada: no se puede beber...

—Y debajo del mar, ¿hay tierra?

—Ya lo creo; el mar tiene sus orillas. Es como una cubeta...

—¿Y ciudades...?

—Ya lo creo, ciudades... ¿qué crees? Sólo que ya no es nuestra tierra, es la tierra persa... ¡Tú has visto ya persas en la feria! Ya te acordarás de aquella mujer que gritaba: «Piñones, bombones!...»

—Sí, he visto... respondió Tomás.

Y se puso pensativo.

Otro día, preguntó á su padre:

—¿Existe aún mucha tierra?

—¡Oh! ¡mucha! Si se fuese á pie, no se daría la vuelta en diez años.

Y largo tiempo Ignat habló á su hijo de las dimensiones de la tierra. Por último, dijo:

—A pesar de todo, aun no se conoce toda, ni siquiera donde concluye...

—¿Y toda es parecida?

—¿Qué quieres decir?

—Las ciudades y todo, en fin...

—¡Ya lo creo! Las ciudades son siempre ciudades; hay casas, calles... todo lo que es necesario.

Después de varias conversaciones de este género, el muchacho cesó de mirar á lo lejos con esa mirada tan fija y tan escrutadora de sus ojos negros.

Era muy querido á bordo y él quería á todas estas gentes, tostadas por el sol y el viento, que jugaban tan alegremente con él. Le confeccionaban toda

clase de instrumentos de pesca, hacían barcos con cortezas de árboles, se divertían con él, le paseaban en una barca durante las escalas, cuando Ignat iba á las ciudades para sus negocios. El pequeño oía á menudo recriminar á su padre, pero no se fijaba y nunca le decía nada de lo que oía. Pero una vez en Astrakán, mientras se cargaba madera para quemar, Tomás oyó la voz de Petrovitch, el maquinista.

—¿Ha dado la orden de cargar toda esta madera? ¡Diablo de hombre! ¡Insensato! Carga su barco hasta el puente y en seguida grita que se estropea la máquina... que se echa mucho aceite..

La voz del viejo timonero, cascada, respondió:

—Todo proviene de su extrema avaricia: la leña es más barata aquí, ¡por eso se apresura!... Es avariento, ¡Satanás!

—Oh sí, que...

Esta palabra, repetida varias veces, se grabó en la memoria del muchacho, y por la noche, cenando, preguntó á quemarropa á su padre:

—¿Padre?

—¿Qué?

—¿Tú eres avaro?

Interrogado por su padre, le repitió la conversación entre el timonero y el maquinista.

El rostro de Ignat se obscureció y sus ojos lanzaron destellos.

—¡Ah! Es así... pronunció sacudiendo la cabeza. Y bien, sabes, no los escuches. Tú eres su amo, ellos son tus servidores, recuerda eso. No son una sociedad para tí. Sepárate de ellos. Si nos da gana á los dos, podemos echar á todos, hasta el último, en la primera ribera que se presente... ¡No valen gran cosa! y se encuentran por todas partes como si fuesen perros. ¿Has comprendido? Pueden decir mucho mal de mí... Lo hacen porque soy su amo soberano. Ahí está el negocio; tengo suerte y soy rico

y el rico tiene siempre enemigos: el que es dichoso es el enemigo de todo el mundo...

Dos días después, se vió á bordo un nuevo maquinista y un nuevo timonel.

—¿Dónde está Jacob? preguntó el chico.

—¡Lo he echado!

—¡Ah! ¿por aquéllo? adivinó Tomás.

—Justamente.

—¿Y á Petrovitch también?

—También.

Tomás admiróse, viendo que tan pronto se pudiese renovar el personal del barco.

Sonrió á su padre y bajando al puente se aproximó á un marinero, ocupado, sentado en el suelo, en destorcer un cabo de amarra.

—El timonel es nuevo, dijo Tomás.

—Lo sabemos.. Buenos días, Tomás Ignatich. ¿Has dormido bien?

—El maquinista es nuevo también...

—¡El maquinista también!... ¿Echas de menos á Petrovitch?

—No...

—¡Vamos! Era tan bueno para ti...

—¿Y por qué decía mal de papá?

—¡Ah! ¿Decía algo?

—Ya lo creo; yo mismo lo oí.

—¡Bah! ¿tu padre lo habrá oído también?

—No, he sido yo quien se lo he dicho,

—¡Ful... éso es, murmuró el marinero.

Y se calló volviendo á su trabajo.

—Y papá me ha dicho: Tú eres el amo aquí; puedes echarlos á todos, si quieres».

—¡Eso es!... ¡Valiente negocio! dijo el marinero, mirando con el rabo del ojo al muchacho, que se animaba hablando de su autoridad.

Desde este día Tomás pudo observar que los hombres que componían la tripulación le trataban bien diferentemente. Los unos eran más amables y aun

obsequiosos y los otros no le dirigían ya la palabra y, cuando le hablaban, era brusca y desagradablemente.

A Tomás le agradaba ver lavar el puente: con los pantalones subidos hasta las rodillas y á veces quitados, los marineros corrían, diestramente armados de cepillos y de escobas, echando cubos de agua, salpicándose los unos á los otros, riendo, gritando, cayendo; el agua se deslizaba por todas partes y el tumulto alegre de hombres se mezclaba á este rumor.

Su presencia no incomodaba á los marineros en este trabajo fácil y divertido, y él mismo tomaba una parte activa, inundándoles de agua y echando á correr ante las amenazas de echarle á él. Desde la despedida de Jacob y Petrovitch comprendió que incomodaba á todos; nadie quería jugar con él y cuando le veían venir era sin gusto.

Admirado y entristecido, dejó el puente y subió á la pasarela. Se sentó y se puso á mirar el azul del horizonte y la línea oscura de la selva que se destacaba al final. Abajo, en el puente, continuaban echando agua y riendo...

Tenía un vivo deseo de mezclarse entre ellos, pero un sentimiento confuso le detenía. Se acordaba de las palabras de su padre: «Evítalos, tú eres su amo».

Entonces vino el deseo de gritarles algo violento, como amo, como hacía su padre en fin. Reflexionó mucho tiempo lo que podría decirles, pero no encontró nada...

Dos ó tres días pasaron aún y concluyó por comprender que la tripulación no le quería.

A partir de este momento, empezó á aburrirse en el barco y la imagen de la buena y tierna Antheisa, con sus cuentos y su risa sonora y franca, que le llegaba al alma, se destacó de la bruma de sus nuevas impresiones. Vivía aún en el mundo de las

hadas, pero la mano terrible y celosa del Destino, rasgaba ya la tela fina á través de la cual el niño veía todo lo que le rodeaba....

El asunto del maquinista atrajo su atención sobre lo que le rodeaba. Sus ojos fueron más penetrantes, su conciencia se despertó y en las preguntas que hacía á su padre se adivinaba el deseo de saber qué son los hilos y los resortes que hacen moverse á los hombres.

Un día fué testigo de la escena siguiente: varios marineros cargaban leña; uno de ellos, llamado Efm, muchacho alegre y fuerte, atravesando el puente, dijo con voz alta é irritada:

—¡Esto es vergonzoso! Yo no me he contratado para cargar leña. Soy un marinero, está claro... ¿pero llevar leña? No, gracias. Eso se llama arrebatarme el pellejo que no he vendido. ¡No es honrado! ¡No hay quien le iguale en querer chupar la sangre á los pobres!

El niño escuchaba estas palabras y sabía que se hablaba de su padre; pero veía también que Efm, blasfemando y todo, llevaba una carga más pesada que la de los demás y que hacía más viajes. Nadie respondía á sus murmuraciones y aun sus compañeros de trabajo se callaban, protestando sólo del celo con el que Efm cargaba su leña.

—¡Ya basta! masculló. No soy un mulo.

—¡Cállate, estás atado, no debes hablar! Y aun cuando te hagan una sangría suelta, debes callarte... ¿qué respondes?

Ignat apareció bruscamente ante ellos y les dijo con rudeza:

—¿De qué habláis?

—Digo lo que sé, respondió Efm con voz vacilante. No estaba prohibido hablar...

—¿Y de qué hablas tú, pues, que se os chupaba la sangre? preguntó Ignat al mismo tiempo que se acariciaba la barba.

El marinero comprendió que estaba cogido. Y viendo que no había medio de escapar, arrojó al suelo la leña que sostenía, limpió sus manos en el pantalón y miró á Ignat en los ojos fijamente.

—¿No es verdad? ¿No chupas nuestra sangre?

—¡Yo!

—¡Sí, tú!

Tomás vió á su padre levantar la mano... Después se oyó un rumor sordo y el marinero rodó pesadamente sobre los haces de leña. Se levantó en seguida y volvió silenciosamente á su trabajo. Gotas de sangre caían de su rostro cadavérico sobre la corteza de los abedules. Limpió la sangre con el revés de su manga, la miró y suspiró sin decir una palabra. Cuando pasó ante Tomás, dos gruesas lágrimas se contenían con trabajo en el borde de sus ojos y el niño las vió...

Comiendo, Tomás estaba preocupado y dirigía á su padre miradas temerosas.

—¿Por qué tienes esa cara? le preguntó Ignat amigablemente.

—Por nada...

—¿Estás malo?

—No.

—¡Bueno!... Ya sabes que si no estás bien es necesario decirlo.

—Eres muy fuerte... pronunció el niño.

—¿Yo? sí... bastante. El buen Dios me ha provisto.

—¡Qué golpe le has dado! exclamó el pequeño, bajando la cabeza.

Ignat llevaba comida á la boca; se paró, sorprendido por la exclamación de su hijo, miró atentamente su cabecita inclinada y le preguntó:

—¿Hablas de Efm?

—Sí... hasta hacerle sangre; ha llorado después... continuó el chiquillo en voz baja.

—¡Bah! murmuró Ignat, volviendo á comer, ¿lo sientes?